

13

COMEDIA.

EL CARBONERO DE LONDRES.

ACTORES.

Enrique VII. Rey de Inglaterra.

Milord Rusban.

El Conde de Egremont, Coronel.

Milord Gray.

Ricardo, Carbonero, padre de....

Genaro, y de....

Isabela.

Eduardo, criado antiguo de Rusban.

Enriqueta, creida hermana de Rusban.

Jayme, criado de Ricardo, y prometido esposo de Isabela.

Un Oficial.

Monteros del Rey y Soldados.

LA ESCENA SE REPRESENTA EN EL MONTE DE FRUSLAN,
y en la Casa que tiene en él, y habita Ricardo.

ACTO PRIMERO.

La Lontananza del lado izquierdo del Teatro, será un Monte eminente cubierto de arbustos, repartidos sin orden, peñas, y rocas inaccesibles. Por la del derecho un Valle, y en lo último se verán algunos Edificios sumptuosos de la Corte de Londres, y el Támesis con alguna embarcacion anclada. En la falda del Monte habrá varios árboles gruesos, y una gran porcion de arena, capáz de cubrir lo que se dirá á su tiempo: la Luna iluminará la Escena escasamente, por ser antes de amanecer, yendo declinando á su ocaso. Sale por la izquierda Ricardo, en traje de trabajador Inglés, con un azadon al hombro.

Ric. ¡Qué preciosa madrugada!

¡Qué hermosísimo está el Cielo!

Toda la noche la Luna

ha alumbrado, y descendiendo

va ya á su ocaso. Dios mio,

solo que cuideis os ruego

de mis dos hijos, Genaro,

é Isabela: bien pequeños

les faltó su madre; mas

hasta ahora me lisongeo

de que tienen sus virtudes,

y sus gracias. ¡Qué consuelo

es para un padre, tener

unos hijos tan honestos,

y amables, como los mios!

Pero con cuántos desvelos,

con cuánto sudor del rostro,

les he adquirido el sustento,

y los he educado! Todo

fué bien empleado, supuesto

que hoy son ellos mi delicia,

mi regocijo, y contento.

Mi Isabela, mi Isabela

ama á su padre en extremo.

¿Y Genaro? Ah! qué muchacho

es mi Genaro tan bello!

Nada hay en él reprehensible,

es un Inglés verdadero;

pero se inclina á los libros

mas que al trabajo: yo creo

quisiera haber estudiado,

y hacer un papel diverso

del que he hecho en el mundo yo:

a

pe-

pero aunque estos sentimientos son recomendables, tienen contra sí bastantes riesgos, pues las malas compañías, á los jóvenes mas buenos, los corrompen, y se quedan holgazanes estupendos. Bien lo acredita un hermano que tuve; el qual, desde el seno de las aulas, se escapó á Indias, y su paradero jamás se supo. Mi padre, (tengale Dios en el Cielo) desde Plimout, nuestra Pátria, vino á Londres, con deseo de hallarle; y despues su casa (siendo yo entonces pequeño) trasladó á este monte, donde me crió y murió muy viejo. Con la continúa leccion de los libros, su talento mi hijo ha iluminado, y es naturalmente discreto. ¿Pues para qué quiere mas? Mi padre fue Carbonero, yo tambien, que aunque ilustré un poco mi entendimiento con el estudio, despues que mi buen padre hubo muerto, seguí su oficio, y jamás nos ha faltado el sustento: pues que mi hijo tambien sea Carbonero, es lo que quiero; que si la felicidad solamente está en el Cielo, aquel será mas feliz, que consiga merecerlo. Luego vendrá mi Genaro á conducirme el almuerzo: entretanto, azadon mio, á trabajar... Pero siento *dent. ruido.* ruido de caballos cerca. Sí, no me engaño; pues veo vienen á esta parte dos hombres montados; y aun pienso que otros los siguen á pie. Si serán los vandoleros que de la Carcel de Londres

se escaparon; y aun dixeron, que á los seis dias robaron á bastantes pasajeros?

Muy bien puede ser: mas yo exáminarlo pretendo, ocultandome detras de estos árboles espesos. ¿Si hallarán á mi Genaro? En imaginarlo tiemblo.

Mas ya han desmontado, y llegan aqui. Sí me ven, me pierdo.

Se oculta detrás de los árboles. Salen Milord Rusban, y Eduardo, con batas y espuelas; y quatro Criados, que conducen una arca capaz de admitir en ella lo que se dirá despues, la que dexarán donde Rusban les señala.

Rusb. Llevadla cerca del monte:

Haí está bien: al momento conducid los azadones; teniendo todos por cierto, que la vida perderá quien descubra este secreto.

Vanse los criados.

Eduardo, ¡que se escapase Carlos, sin dexar primero satisfecho mi furor, toda su sangre vertiendo!

Ed. Sin duda tuvo, Señor, aviso. *Rusb.* Sí, yo lo creo; mas mis espías le buscan esperanzados del premio que he ofrecido al que á mi vista le conduzca vivo, ó muerto; y discurro no se libre de ser infeliz trofeo de mis iras; cuya imagen templa en parte mis tormentos, pues sola su muerte falta para verme satisfecho.

Ed. Con todo, Señor, os pido....

Rusb. ¿Qué sea cruel y sangriento?

Pues sí, yo te lo aseguro.

Si ya vengado me veo por tu mano de esa aleve, ¿podré con Carlos ser menos inhumano y cruel? *Ed.* ¡Ah!

ap.
Que

Qué mortal es mi tormento!
De qué sirvió á mi terneza
la diese, en vez del veneno,
una confeccion, que solo
por determinado tiempo
adormece sus sentidos,
si darla vida no puedo!

*Salen los criados con los azadones; Rus-
ban los conduce al pie del monte, don-
de está la arena, y caban en ella.*

Rusb. Cabad aquí; haced un hoyo
capaz de que admita dentro
el arca. *Ric.* Unos caban, otros
los miran; y nada entiendo
de lo que hablan: yo no sé
lo que deba inferir de esto. (*cen.*)

Rusb. Bien está ya; traed el arca. *lo ha-
Ed.* ¡Cómo de dolor no muero! *ap.*

Ric. Una arca llevan adonde
han cabado: ahora comprendo
que son vandidos, y ocultan
lo que han robado. *Rusb.* En su seno
introducidla, y con tierra
y ramas, quede cubierto
el oprobrio mio. *Ed.* ¡Oh Dios! *ap.*
Cómo traspasa á mi pecho
esta amargura horrorosa!

Rusb. Como debe está; y supuesto
que ya las luces del día
nos alumbran, entraremos
en Londres por diferentes
puertas, para que con esto
se disimule este caso:
y antes, á todos advierto,
que aquel que quiera vivir,
se olvide de este suceso.

Seguidme. *Edu.* Mi corazón *vanse.*
queda en este monte, Cielos!

Saca el reloj y mirale.

Aun falta una hora. ¡Oh, Dios!

Si podré en tan corto tiempo
volver á darla la vida!

Para qué la mia quiero,
si no lo consigo! Ah, Carlos!

Que será de tí! Yo mesmo
tu peligro te avisé,

y no sé tu paradero.
¡Amigo infeliz! Belleza

Mirando al destino del arca.

malograda! cruel tormento! *vase.*

Ric. Ya van ácia los caballos:
ya los dos montan en ellos:
ya parten: y con qué priesa!
Confuso estoy! Qué misterio
ocultará lo que he visto!

Con sus trinos y gorgoros
saludan al Alva ya

las aves: mas ruido siento
por estotra parte: nada

percibo por ella: el viento
tal vez batiendo las ramas,

me ha asustado; lo confieso.
Y si en quien delito no hay

produce tales efectos
solo el temor; qué no harán

los propios remordimientos
de sus conciencias, en los

criminales verdaderos?
Pero ahora no me he engañado:

pasos oí: mas ya veo
que es mi hijo querido. ¡Oh cuánto,

Pasa á recibirle al bastidor, y sale

Genaro con un cesto.

Genaro mio, celebro
que tan pronto hayas venido!

Gen. ¿Por qué, Señor? mas qué advierto!
Pálido está vuestro rostro.

Padre, vos tembláis! Qué es esto?

Ric. Calla, no te escuches. *Gen.* Quién?

Ric. Dejame observar primero.

Mirando dentro.

Gen. Estoy confuso. *Ric.* Por mas
que registro, no los veo.

Tal paso llevaban. Dime:
no escuchastes á lo léjos

ruido de caballos, quando
veniste aquí? *Gen.* No por cierto,

Señor. *Ric.* Pues, hijo querido,
á poquísimos momentos

de haber llegado á este sitio,
vi que á él venían derechos

dos hombres en sus caballos,
y quatro á pie: al pensamiento

me vino en aquel instante
si tal vez los vandoleros

serian, que de la Carcel

de Londres oímos se huyéron;
y despues, que varios robos
en el monte habian hecho:
para ver si exâminaba
su rumbo, detrás de aquellos
robles me oculté: dejaron
los caballos; al momento,
se presentáron aquí;
y en sus hombros conduxéron
los quatro de á pie una arca,
al parecer, con gran peso,
y no muy pequeña. *Gen.* Una arca?

Ric. Si. *Gen.* Y adónde la pusieron?

Ric. Cabaron con azadones
al pie del monte, y haciendo
un hoyo, la sepultáron.
Yo todo lo estuve viendo;
si es que no me lo fingió
ó la sorpresa, ó el miedo.

Gen. Pues, Señor, si eso es verdad,
ninguna duda tenemos
en que los vandidos son;
y que los robos que han hecho,
en el arca han enterrado
para no ser descubiertos.

Ric. Lo mismo he pensado. *Gen.* Pues
ya que benéfico el Cielo
esta dicha nos presenta,
el arca desenterremos,
y hagamos nuestro el tesoro
que ellos robaron: con esto
podemos ir á la Corte
á vivir; tener sosiego,
usted, sin mas trabajar,
y dar yo adelantamientos
á mi cuna humilde en el
estudio, á cuyos progresos,
si son felices, la Pátria,
premiándolos, dá fomento.
Vamos á sacar el arca,
que ha de ser nuestro consuelo,
Señor. *Ric.* Espera. Genaro.
Tu corto conocimiento,
y tu poca reflexion,
un discurso tan opuesto
á la razon, te ha inspirado.

Gen. ¿Por qué? *Ric.* Si fuese dinero
lo que encierra el arca, cómo

podiera á nuestro remedio
servir, sabiendo es robado?

Yo mucho peor, que los mismos
vandidos seria, si
diera á tu discurso asenso.

Aquello que se posee
sin voluntad de su dueño,
siempre á la restitution
obliga. Si es lo que pienso
lo que el arca oculta, al punto
al Magistrado darémos
noticia, para que indague
quiénes los robados fuéron,
y les vuelva á cada uno
lo suyo. Hijo, te advierto
que el oro es perjudicial
al que le abriga en el seno
de su corazon con ansia:
y si se alcanza por medios
injustos, como el presente,
es un tósigo, un veneno,
á cuyo contacto queda
infestado todo el cuerpo.

Gen. Pero saquemos el arca,
y lo que usted quiera, haremos.

Ric. Eso si. Nadie parece
Observando por todas partes.

por el monte. Ven. *Gen.* No tengo
quietud, hasta que del arca
las entrañas vea. *Ric.* Advierto
que está movida la tierra
aquí. *Gen.* Si Señor. Cabemos
con valor, que este carbon
alegra solo con verlo.

Caban, y despues de un momento dice

Gen. No deis mas golpes, Señor,
que el arca amable, en efecto,
está aquí. *Ric.* Saquemosla.

Hacen fuerza para sacarla.

Gen. ¡Quénto pesa, padre! Apuesto,
que desde el suelo á la tapa
está llena de tãlegos.

Vuelven á hacer fuerza, y la sacan.

Ric. Ya está fuera. *Gen.* Nunca empleé
mis fuerzas con mas contento.

Ric. Conduzcamosla á aquel lado.

Gen. Si Señor, que alli verémos
mejor el metal precioso

que

que oculta. *La conducen en medio.*

Ric. Por Dios, me siento

Limpiase el sudor.

mas cansado, que si hubiera
trabajado un día entero
con el azadon. A casa
no es posible la llevemos
los dos solos. **Gen.** Cómo no?
Solo á llevarla me atrevo
al fin del mundo. Del oro
es apetecible el peso.

Ric. Espera: la llave tiene
en la cerradura. **Gen.** Bueno!

Abridla, porque su vista
satisfaga mi deseo.

Ric. Dices bien. Sola una vuelta
tiene la llave.

*La abre, y se descubre Enriqueta en
trage muy lucido, como muerta; los
dos al verla se sorprenden, y se
retiran un poco, como temerosos.*

Los 2. ¡Qué veo!

Ric. Hijo.. **Gen.** Padre.. **Ric.** Este tesoro..

Gen. Es el mas rico, el mas bello,
que pudo jamás juntar
Midas. ¡Qué amable portento
de hermosura! No temais,
llegad; que entregada á un sueño
parece que esta belleza
está. Ahora considero
que es el tesoro mas grande,
el mas feliz, y opulento
el presente, Señor, pues
nos facilita los medios
para ejercer la clemencia
con nuestra especie. **Ric.** Eso es cierto.
hijo mio: mas discurro, *acercand.*
por el modo en que la advierto,
que está muerta esta belleza.

Examina el rostro, y pulso de Enriqueta.

Gen. No Señor, no hay nada de eso:
conducid un poco de agua,
que tiene pulsos. **Ric.** Corriendo
voy á la fuente por ella.

Gen. El vaso está ahí. **Ric.** Ya le veo.
Le saca de la cesta que trajo Genaro.

No te apartes de su lado.

¡Qué particular suceso! *vase cor.*

Gen. Hermosa Deydad, que yerta

aun no ocultas la luz pura
que derrama tu hermosura
dandome la muerte cierta:
si quando pareces muerta,
produces tan dulce estrago,
¿qué harías con el alhago?
Qué, si toda su entereza
respirára tu belleza,
pues de ella es esta un amago?

Si tu hermosura á la rosa
afrenta, aun de esa manera,
¿qué no haría, si estuviera
en su plenitud preciosa?

Si tanta inquietud gustosa
en mi interior has causado
aun en ese triste estado,
¿qué sería si me hablaras?
¡Pero qué mas, si en tus aras
mi vida he sacrificado!

Vuelve en tí, respira, alienta,
y para dulces despojos,
los labios abre, y los ojos,
para que mas fuego sienta.
El que registrar intenta
el fuego al Sol, en su fuego
ciego queda: en tu sosiego
tanto fuego he registrado,
que me contemplo abrasado:
¿mas cómo? Abrasado, y ciego.

Este dulce frenesí
ha puesto mi vida en calma;
ó deja tranquila mi alma,
ó con tu voz da... **Enriq.** Ay de mí!

Con voz triste.

Gen. Llegad, Señor.

Viendo salir con el agua á Ricardo.

Sale Ric. Ya está aquí,
el agua: pero se advierte,
que mas propicia la suerte
con la vida la convida.

Gen. Si Señor, ya tiene vida.

Y á mi me ha dado la muerte! *ap.*

Ric. Señora, alentad, por Dios..

Enr. Eduardo... **Gen.** ¡Justo cielo! *ap.*

Eduardo dixo! Y apenas
oí su voz, me da zelos!

Ric. Levantemosla, Genaro.

Gen.

Gen. Dexad , padre , que primero
mi gaban sobre esta Peña
ponga , para que de asiento *lo hac.*
la sirva. *Enriq.* Eduardo.

Gen. Otra vez

hallo mi muerte en su acento! *ap.*

Ric. Saquemosla.

Lo hacen , y la sientan.

Enriq. Injusto , espera...

Mas , donde estoy , ¡justos cielos!

No hay cosa que no me admire!

Vosotros quién sois! Qué veo!

Este es un monte. ¡Ay de mí!

Cómo estoy en él! Qué es esto!

Gen. Señora , tranquilizaos;

respire con dulce aliento

vuestra amable vida : en ella

nuestro interés pende : luego

sabreis quien son los que logran

la fortuna de teneros

entre sus rústicos brazos;

y que ansiosos pretendemos,

á costa de nuestro ser,

cobreis felizmente el vuestro.

Ric. Si Señora , que aunque humildes

no falta de nuestros pechos

la voz de la humanidad,

que nos manda socorreros.

Enriq. Amigos , por mas que quiera

mostrar mi agradecimiento

á unas almas tan sencillas

como las vuestras , me advierto

tan débil , que apenas puede

formar el labio el acento.

¡Oh buen Dios! *Gen.* Está muy cerca

nuestra casa ; en ella espero

que á vuestra debilidad

se encuentre pronto remedio.

Ric. Si Señora , en nuestros hombros

á mi casa os llevarémos.

Enriq. Lo que querais sea , amigos:

pero antes rendida os ruego,

que me quiteis por piedad

las confusiones que tengo:

Milord Rusban , aquel cruel,

os ha dado algun precepto

contra mi vida? Dió muerte

á Cárlos? Concorre en esto

Eduardo? Me han conducido

á este triste lugar ellos?

Sacadme en pocas palabras

de las dudas , que padezco.

Gen. Ni á Milor Rusban , ni á Cárlos,

ni á ese Eduardo , conocemos.

La Providencia dispuso,

que fuesemos instrumento

para que desde el sepulcro

os sacasemos. *Enriq.* ¡Qué adviento!

Desde el sepulcro! *Ric.* Señora,

en esa arca os condujeron

aquí quatro hombres á pie,

y dos á caballo. *Enriq.* ¡Ah cielos!

Ric. Y dexandoos enterrada

en aquel hoyo , se fueron.

Enriq. ¡Justo Dios! *Ric.* Yo lo vi todo.

Vino mi hijo ; y al momento

desde la muerte os sacamos

á la vida. No hay mas que esto.

Enriq. Pues amigos , al instante

á vuestra casa pasemos;

porque de vuestra pequeña

relacion , sin duda infiero,

que Milord Rusban es quien

me persigue ; y considero

que si le hallamos , acabe

con mi vida. Por lo mismo,

el detenernos aquí,

es , amigos , muy expuesto.

Amparad á mi inocencia ,

ya que me promete el cielo

en vosotros un asilo

constante , fiel , y sincero.

Ric. Siempre le tendréis , Señora.

Otra vez el arca entremos

donde la dexaron. *Enriq.* ¡Ah!

*La entran en el hoyo , y la cubren con
las ramas.*

Y cuántos tristes objetos

mi imaginacion combaten!

La vida á estos hombres debo!

Ric. Ya está como debe. Vamos,

Señora. Mas ruido siento.

Dentro unos. Herido va el javalí.

Otro. Y le sigue nuestro dueño

por el monte , amenazando

á su vida mucho riesgo.

Dentro Rey. Suspende, soberbio bruto,
tu feroz curso. *Ric.* ¿Qué veo?

Mirando dentro.

sin sujetarse el caballo
á los preceptos del freno
al ginete le conduce
del monte á lo mas expuesto,
y es fuerza le precipite.

Enriq. Pero estamos en un riesgo
inminente, amigos, si
aquí mas nos detenemos,
y me conocen. *Gen.* Señor,
pues que ya permite el Cielo,
que esta Señora respire
con mas fuerzas, mas aliento,
conducidla á casa, mientras
yo doy á aquel Caballero
favor, si es posible. *Ric.* Si,
dices bien; vete al momento.
Seguidme, Señora. Enriq. Vamos...
Y en mis atroces tormentos...

Gen. En mis amantes fatigas...

Ric. Y en tan dichoso suceso...

Los tres. Permita el Cielo, que todo
termine en gozo, y contento.

*Ricardo conduce á Enriqueta, la que
irá sostenida en sus hombros por la iz-
quierda, y Genaro parte corriendo por
la derecha. Al llegar al bastidor, cae
al Teatro como precipitado
el Rey.*

Rey. Favor, Cielos! *Gen.* Infeliz
jóven, ya te ofrecen ellos
el mio! Mas qué fortuna!

Mirándole con mucho cuidado.

Si sentido está, no muerto,
ni aun herido. Si al instante
se le aplicase un remedio
eficaz, en sí volviera.
¿Pues á qué aguardo? Qué espero?
En mi casa le hallará,
que aunque no estuviera haciendo
su oficio la humanidad
en mi corazon, tan bello
jóven merece expusiera
yo por el suyo mi aliento.
Le conduciré en mis brazos.
Y quiera piadoso el Cielo,

que él logre volver en sí,
y yo templar el incendio
que en mi alma ha producido
esta Deidad por quien muero.

*Le coge en sus brazos, y le lleva por la
izquierda. Por la derecha salen el Con-
de de Egremont, y algunos Oficiales,
con botas y espuelas, y Monteros.*

Egrem. Seguidme todos: no quede
parte que no penetremos
del monte, buscando al Rey;

*Algunos Oficiales, y Monteros se re-
parten por el monte*

pues se empeñó en ir siguiendo
al javalí, y el caballo
desenfrenado y soberbio,
le introduxo entre unas peñas,
y le expuso á mucho riesgo.

Yo de vista le perdí,
por mas que en su seguimiento
fuí con mi caballo. ¡Oh, Dios!
Alguna desgracia temo!

Y será el mayor dolor
para mí, porque sabiendo
que hoy mismo por este sitio
pasará mi Regimiento
para embarcarse, pedí
al Rey se dignase verlo,
para que su Real presencia
infundiese nuevo aliento
en sus Soldados; porque
siempre he tenido por cierto,
que la vista del Monarca
hace al Soldado guerrero.

Accedió su Magestad
á mis reverentes ruegos
benignamente, y dispuso
divertirse todo el tiempo
que el Regimiento tardase
en llegar, cazando; y esto
ha dado causa al peligro
de su Real vida; que siento
aun mas que perder la mia.

No parece, y no sosiego.

*Sale Milord Gray con botas y espue-
las, precipitadamente seguido de
algunos Monteros.*

Gray Conde de Egremont, del Rey

el

el caballo (á hablar no acierto)
se ha hallado precipitado
en el llano: de esto infiero
(¡qué lastimosa tragedia!)
que á su Magestad ha muerto
despeñándole. *Egrem.* Qué escuchol
Salen los Oficiales, y Monteros que
fuieron por el monte.

Oficial 1. Señor, ahora un pasagero
nos acaba de decir,
que conduce un Carbonero
en sus hombros (¡qué dolor!)
á un bizarro jóven, muerto
al parecer: y segun
las señas, es el Rey nuestro,
pues en el monte no se halla.

Eg. Dónde va ese hombre? *Ofic. 1.* Dere-
á Londres. (cho

Egrem. Pues venid todos
conmigo. *Todos.* ¡Día funesto!
Vanse por la izquierda. Por la derecha
salen Rusban, y Eduardo; este
conduce dos azadones.

Rusb. Eduardo, dame otra vez
los brazos. Con que en efecto
una confeccion ligera
la diste, en vez del veneno
que te mandé? *Eduar.* Si Señor;
y ya va llegando el tiempo
en que concluya el deliquio
que logró poner suspenso
el curso á su vida. *Rusb.* Yo
daré á tu accion un gran premio.

Eduar. Señor, no nos detengamos:
al punto desenterremos
á Enriqueta, para darla
los eficaces remedios
que puedan restablecerla,
pues ya los traigo dispuestos.

Rusb. Vamos al instante, que éste
el sitio ha de ser. *Eduar.* Y aun creo
la dexamos á este lado.

Rusb. Es verdad: con estos secos
ramos, dexamos cubierta
la tierra: Eduardo, cabemos.

Lo hacen; y despues de un momento
dice Rusban.

Ya hallamos el arca, que

encierra el dulce embeleso
de mi corazon: aprisa,
saquémola.

Ed. Qué contento! (*ap. y saca el arca.*
Pero, Señor, poco pesa.

Rusb. Si. ¡Mas qué puede ser estol
Dexa, la abriré. Qué miro!

Abre, y se sorprenden.

Eduar. Justo Dios! No está en su seno.

Rusb. No pretendas encubrir
con hipócritas extremos
tu delito. Esa fingida
admiracion, la comprendo.
Por órden tuya á Enriqueta
de aquí han sacado; pues si esto
no fuera así, quién pudiera
(respóndeme) haberlo hecho,
quando tú y yo solamente
sabemos este secreto?

Yo te perdono esta culpa,
porque firmemente creo
la cometiste por dar
vida á Enriqueta; y prometo
premiar tu accion. ¿Dónde está?
No alces los ojos al Cielo,
ni con esos ademanes
te justifiques, supuesto
que no lo podrás lograr.
No me irrites mas. Dí presto
donde está, ó de mis furioses. . .

Edua. Señor, yo juro. . . *Rusb.* El acento
suspende; que en este asunto
no creo tus juramentos.

Dí donde está, ó mueres. *Edua.* Suma
Providencia, que estás viendo *ap.*
de mi alma la pena, y que
sin motivo estoy expuesto
á perder mi vida, déme
vuestra clemencia remedio!
Si á defender mi inocencia
aspiro, la vida pierdo.

¿Pues qué haré? *Rusb.* Tu suspension
es la prueba de tu yerro;
ó dí la verdad, ó parte
tu corazon este acero.

Saca un puñal, y se le pone al pecho.

Eduar. Suspended, Señor, vuestra ira,
que ya la verdad confieso.

Por

Por orden mia á Enriqueta
sacaron de aquí. *Rusb.* Bien hecho.
Pero donde está? *Eduar.* Señor: *ap.*
qué le diré? *Rusb.* Pierde el miedo.
Ya guardo el puñal, y ya es
gozo mi furor tremendo.

Dónde á Enriqueta llevaron?

Eduar. No sé que decirle: pero... *ap.*
esto ha de ser. Señor, cerca
de este sitio, un Carbonero
tiene su casa, y en ella
me parece encontraremos
á Enriqueta. Salga yo *ap.*
ahora de este fuerte riesgo;
que después Dios sabrá dar
á mis desdichas remedio.

Rusb. Vamos al punto á esa casa:
pero antes decirte quiero
cosas que ignoras. Ya sabes
que tuve justos recelos
de que á Carlos Enriqueta
amaba desde pequeño,
pues se crió en casa: quise
saber á fondo lo cierto
de este caso; y fingí que iba
á divertirme no lejos
de Londres; pero quedando
oculto, apenas su negro
manto la noche extendió;
con llave maestra, que tengo,
por el Jardín entré en casa,
exámino con silencio
algunas piezas; en una
que estaba Enriqueta advierto,
y oí que á solas decía...
¡Quándo vendrá Carlos, cielos,
para que mis inquietudes
con su vista hallen consuelo!
A estas cláusulas, me inflama
el furor; y con él ciego,
corro á Enriqueta, dá voces,
la luz apaga, pretendo
hallarla, y no lo consigo;
llegasteis en este tiempo
los mas criados de casa;
busco á Carlos, no le encuentro;
y al dia siguiente supe
su fuga, y que estaba haciendo
Enriqueta diligencias
para seguirle. Fué lleno

mi corazon del horror
mas feróz: y no creas que esto
la sangre me lo inspiraba,
sino un cruel, un sangriento
mortal influxo, que no
hay resistencia á su imperio;
pues ya Enriqueta sabía
por boca mia un secreto,
que la obligaba á mostrar
á mis cariños tan tiernos
aquella correspondencia
que solicitó mi anhelo,
y que siempre negó ingrata,
por ser Carlos el objeto,
y el Idolo, en que ofrecia
su admiracion los obsequios.

Edu. Perdonad que os interrumpa;
pues lo que os estoy oyendo
me admira: vos pretendisteis
que Enriqueta diera premio
á vuestros cariños? *Rusb.* Sí.

Edu. ¿Y cómo puede ser eso,
siendo vuestra hermana? Oh Dios...
¡Cada vez es mi tormento *ap.*
mas irreparable! *Rusb.* No
quieras con esos misterios
disimular lo que sabes,
pues todo se ha descubierto:
si hasta aquí el callar en tí
fué necesario, ya advierto
que lo contrario es preciso,
ó faltar á los respetos
que debes á la memoria
de mi padre: escucha atento:
para evitar las ofensas
que Enriqueta (¡ ah justos cielos!)
me hacia, y para vengar
de una vez todos mis zelos,
pienso darla muerte: á tí
solo dixe mis intentos,
que resististe constante
con tus lágrimas, tus ruegos,
y prudentes reflexiones:
mas te dixe... En el concepto
de que yo la he de dar muerte,
ó elige ser instrumento
de ella, ó me sabré valer
de otra mano: y conociendo
tú mi condicion altiva
y que llegaría á efecto

mi promesa , consentiste
 (por no haber otro remedio)
 en darla á noche , por mí
 ya preparado un veneno .
 Se executó así : en el arca
 se conduxo aquí : y volviendo
 á Londres , en el camino
 hice discursos diversos
 de esta tragedia : el amor
 renació en mi amante pecho
 entónces , y se olvidáron
 los furores de mis zelos :
 sentí haber sido tan cruel
 con la que adoro : á despecho
 de mi rubor , por los ojos
 copiosas lágrimas vierto ,
 nombrando siempre á Enriqueta ,
 y el instante maldiciendo
 de una deliberación
 tan horrorosa en extremo .
 Mi dolor exáminaste ,
 le encontraste verdadero ;
 y despachando los criados ,
 me dixiste , que en efecto
 vive Enriqueta : la fuerza
 de este gozo , los acentos
 arrebató de mis labios :
 en fin , supe por extenso
 que sola una confeccion
 la diste , en vez del veneno ;
 y que volveria á dar
 sus luces al orbe , dentro
 de una hora : esta noticia
 me sorprendió : en el momento
 volvimos aquí : y pues ya
 lo que era luto , y lamento ,
 es jubilo , y alegría ,
 vuelva Enriqueta á ser nuevo
 hechizo de mi alma , vuelva
 á iluminar con los bellos
 rayos de su perfeccion
 al mundo ; y tú fiel , y atento ,
 persuadela á que mi amor
 premie , y dexé satisfechos
 los agravios que hasta aqui
 hizo á mi amor su desprecio .
 Y para que nada tengas
 que preguntarme , te entrego
 este papel , que escribió ,
 y firmó , pocos momentos

antes de morir , mi padre ;
 diciendome . . . Lo que dejo
 aqui escrito , es la verdad ;
 y Eduardo es testigo de ello .
 Lee ; y conoce si fue
 mi rigor , aunque sangriento ,
 justo , al verme despreciado
 de Enriqueta , ya sabiendo
 ella por mí , que no era
 hermana mia : y pues dexo
 en tu arbitrio mi pasion ,
 mi ardor , inquietud , é incendio ;
 haz , Eduardo , que consiga
 lo que amo , adoro , y aprecio ;
 para lo qual , vamos , ven
 á esa casa , al dulce centro
 en que dices que descansa
 mi Enriqueta ; pues con esto
 mis fatigas lograrán
 tranquilidad , y sosiego .

Eduar. Valgame Dios! Qué reato , *ap.*
 qué tropél de desconciertos
 un exceso no produce!
 Yo le hice y yo le padezco .
 Quanto este papel expresa ,
 es , Señor , muy verdadero :
 vuestro padre halló á Enriqueta
 recién nacida , en el medio
 del Jardin ; la recogió ;
 y habiendo aquel día muerto
 una hermana vuestra , que
 nació la noche antes , viendo
 vuestro padre esta ocasion ,
 para no dar sentimiento
 á vuestra madre , á Enriqueta
 la hizo adornar con los mesmos
 vestidos de vuestra hermana ;
 y encargandome el secreto ,
 por hija suya pasó :
 todo lo ví , y lo confieso .

Rus. Y sus padres no se pudo
 saber nunca quiénes fueron?

Ed. No Señor . Yo los tendré *ap.*
 ocultos hasta su tiempo .

Rus. Pues sigueme ; porque el verla
 es solo lo que deseo .

Eduar. Vamos Señor . Permitid ,
 ó justo Dios . . . *Rus.* Quiera el Cielo . . .

Los 2. Que mis ansias , y fatigas
 tengan bien , dicha , y consuelo . *van.*

ACTO SEGUNDO.

Salon corto de la Casa de Ricardo.

Salen Jayme, é Isabela.

Isa. ¡Valgame Dios, Jayme, cuántas cosas hoy se nos presentan en casa; y tan raras, que parecen á las Novelas, que por las noches de Invierno nos relataba mi Abuela! La Señora, que mi padre conduxo, ya está tan buena: tan hermosa, que á la misma rosa su color afrenta.

Jay. Y eso es que estuvo enterrada, segun vuestro padre cuenta.

Isa. ¿Pues cómo resucitó, Jayme, si ya estaba muerta?

Jay. Yo discurro que sería su muerte de mentirejas.

Isa. ¿De mentirejas? Has visto alguno tú que se muera de ese modo, que le entierren, y despues viva? *Jay* Isabela, las cosas de los defuntos hay pocos que las entiendan.

Isa. Mi hermano trajo dempues á un Señor, con su venera muy grande al pecho, en sus hombros; y pensando que estuviera muerto tambien; mas mi padre cierto espíritu conserva, que le aplicó, y al instante en sí volvió. *Jay.* Y ya está fuera de peligro, y con tu padre, y mi amo, hablando en la huerta.

Isa. Pues con la dama mi hermano hace gran rato conversa en la sala grande; pero oyes, estaban muy cerca uno del otro; mi hermano la miraba con terneza, suspiraba alguna vez, y otras la decia ciertas cosas, que aunque llegué á oirlas, no pude bien entenderlas, porque dicen que él es sabio, y yo no soy muy discreta.

Jay. Pero dí; ¿no conociste si acaso esas cosas eran

de amor? *Isa.* ¡Toma! de amor; eso se reconoce á la legua.

Jay. Por lo mismo he maginao que el jovencito te alegra, y te se encienden los ojos quando le ves. *Isa.* Si eso fuera, ¿no tendria muy buen gusto? Tiene una cara tan bella, y es tan bonito y galan, que rendir podrá á una piedra.

Jay. ¿Y delante de mí alabas á otro así? *Isa.* Yo soy sincera; y ya ves que lo mejor merece la preferencia.

Jay. Con que de ese modo, soy...

Isa. Como una basquiña vieja, que en tiempo de aguas se toma, y en tiempo de Sol se deja.

Jay. Pues, ingrata, para siempre te olvidaré. *Isa.* No me pesa: á bien que hoy tengo tres novios, y todos de una presencia mejor que la tuya. *Jay.* Pero no amarán de la manera que yo te amo. *Isa.* Y como me amas? vaya, veamos tu fineza.

Jay. Del pensamiento jamás te me apartas; á la mesa te tengo presente; quando voy á hacer carbon, las piedras, como si fueran espejos, me ofrecen tu imagen bella, y quando vengo de noche por el campo, y me amedrenta alguna cosa, los ojos cierro, pienso en tí, en la idea te plantificas, y el miedo de mi al instante destierras. Mira tú, si algun amante habrá, á quien esto suceda.

Isa. Pobrecillo Jayme! Toma, cómete ese par de almendras, que te ofrece mi bondad en pago de tu fineza.

Jay. Por ser de tu hermosa mano, verás que me refrigeran.

Isa. Mi padre ha dispuesto que haya una comida muy buena, y que baylemos dempues con pandero, y castañuelas;

para que los generosos
huespedes, de esta manera
obsequiados, y servidos
hoy de todos, Jayme, sean:
y por lo mismo me he puesto
el bestido de las fiestas.

Jay. El que la Señora trae,
¡que guapo que es! *Isa.* Mejor tela,
y mas oro tiene el del
Señor: y qué bien le sienta!

Jay. Tu hermano y la Dama vienen.

Isa. Pues, Jayme, esperame á fuera;
que al instante iré á ensayar
el bayle que nos enseñas.

Jay. Que vayas pronto.

Isa. Al momento. *vase por la derecha.*
Salen por la izquierda Enriqueta,
y Genaro: Isabela pasa á recibirla
al bastidor.

Isa. Señora, vaya, ¿estáis buena
del todo ya? ¿Se ha acabado
aquella mala influencia
que os atormentaba? El rostro
á lo menos manifiesta
en su hermosura, que ya
no hay peligro que se tema
en vuestra salud. *Enriq.* Así es;
porque por mas que atormentan
á mi corazon mortales
sentimientos, sin aquella
inquietud respiro ya,
que me oprimia; y es fuerza
confesar que aqui he encontrado
el alivio á mis dolencias.
Mientras mas le miro, Cielos, *ap.*
mas mi corazon se inquieta:
pero lo que el alma siente,
tengalo oculto la lengua.

Isa. Si Señora, hay en mi casa *con ironia.*
melecinas para ciertas
enfermedades, preciosas;
y mi hermano sabe hacerlas
perfectamente: si acaso
algun mal nuevo os molesta,
declaradsele, y vereis
como al instante os remedia.
Sí, Genaro, á la Señora
cuidala, pues su belleza
es preciso que te encante,
supuesto que me embelesa.

Yo voy á ensayar el bayle;
hasta luego. Solos quedan: *ap.*
si se aman, como lo pienso,
preciso es me lo agradezcan,
porque los finos amantes
solos siempre estarán quisieran. *vase.*

Gen. Una, y otras muchas veces
amables enhorabuenas
á mí mismo me repito,
Señora, pues la luz bella
de vuestra hermosura desde
las horribosas tinieblas
en que yacía, ilumina
á quantos disfrutan de ella.
Oh feliz aquel instante
en que benéfica Estrella
al monte llevó á mi padre,
para que en él descubriera
el mas precioso tesoro
que el cóncavo de la tierra
escondia. *Enriq.* Tus favores,
por mas que no los merezca,
es preciso agradecerlos,
pues advierto los engendra
una inclinacion sencilla,
y una voluntad sincera:
pero aunque mis sentimientos
se esmeren, por mas que quieran
manifestar todo el fondo
de mi gratitud, no encuentra
ni aun la imaginacion, modo
de recompensar la deuda
que á tu padre, y á tí debo;
que hay acciones, hay finezas
tan sublimes, que no admite
retribucion la grandeza
de su mérito, porque
todo es corta recompensa.
La vida te debo, y esto
no hay con que pagarse pueda.
Solamente un medio encuentro.

Gen.: Y es? *Enriq.* Hacerte dueño de ella.

Gen. Dueño yo de vuestra vida,
quando la mia confiesa
pende de la vuestra tanto,
que alienta porque ella alienta?
¡Ah! Señora vuestra vida
es quien la mia conserva.

Enriq. Y que pueda haber una alma *ap.*
tan generosa, tan llena

de perfecciones, en un Carbonero! *Gen.* Que detenga al labio el respecto, quando de amor me abrasa la hoguera? *Enriq.* Y he de ocultar esta llama, siendo imposible vencerla! *Gen.* Pues el respeto perdone, que mi amor preciso es sepa. *Enriq.* Amandole tanto, cómo podré resistir la fuerza que á él me ha inclinado? *Ge. Señora?* *Enriq.* ¿Qué dices? *Gen.* Solo quisiera, ya que os dignasteis de darnos de vuestras desgracias cuenta, saber si á Milord Rusban amais. *Enriq.* Le aborrezco: aquella pasion que le tuve como á hermano, fue horror apenas me manifestó el papel, en que su padre confiesa que yo no era hermana suya. *Ge.* ¿Y á Carlos? *Enr.* Mi alma le aprecia por su virtud; pero no es este amor, pasion que incendia todo el corazon. *Gen.* ¿Pues qué es? *Enriq.* Solo una correspondencia que un buen proceder merece. *Gen.* Segun eso, no se encuentra pasion conocida en vos á nadie? *Enriq.* Quizá la tenga. *Gen.* Pero ¿qué correspondida sereis del que la merezca! *Enr.* Eso no sé. *Gen.* ¿Cómo? *Enr.* Como nació mi pasion apenas tuve vida, y lo que adoro aun no creo que lo sepa. *Gen.* Desde que tuvisteis vida, ¡amais! Fuerza es me sorprenda. *Enr.* ¿De qué? *Gen.* Pues el alma entónce puede amar? *Enr.* ¿Quién eso niega? Desde hoy yo cuento mi vida, pues la pasada, ya muerta la tuve; hoy volví á vivir, y mi pasion hoy empieza. *Gen.* ¡Qué decis! Pues tambien hoy ha sido la vez primera que yo he amado. *Enr.* ¿Y á quién? *Gen.* ¿A quién, Señora? A Enriqueta. *Enr.* ¿A Enriqueta? ¿Y quién es? *Gen.* Una

Deidad que en mi pecho reyna. *Enr.* ¡Y tiene mi propio nombre! *Gen.* Y todas las gracias vuestras. *Enr.* ¡Es cosa rara! *Gen.* No tanto. *Enr.* ¿Por qué? *Gen.* Porque sois la misma que amando está el alma mia Yo bien sé me expongo á vuestra indignacion, declarando mi amor: mas si resistencia no encuentro á este dulce incendio, sabedle vos, y yo muera. Mi pasion se agita mas á vuestra vista; y pues esta es la que mi atrevimiento produce, hasta que comprenda si me amais, ó aborreceis, sabré, Señora, huir de ella; con lo uno me dareis vida, y con lo otro es fuerza muera. *Se oculta en el bastidor, y desde él dice:* Veré que efecto ha causado mi declaracion en ella. *Enr.* Espera, Genaro, aguarda... Se fué en efecto. Ahora es fuerza, que lo que siento en el pecho, lo haga público la lengua. Genaro me ama. ¿Y Genaro quién es, para que merezca que mi altivéz á su amor pueda dar correspondencia? ¿Mi altivéz dixe? ¡Ah! ¡Qué mal con mi situacion concuerda, tan vano nombre! Genaro, sin que esto alabarle sea, es hijo de un Carbonero honrado, de una presencia agradable; y de su oficio su talento degenera; porque discreto, con una alma noble, una sincera dulce, atractiva y afable expresion, le manifestan acreedor á que le mire con agrado una belleza. Este es Genaro. ¿Mas yo quién soy? ¡Ah! ¡Qué cruel respuesta puedo darme! Ayer pensaba descender de la primera Casa de Inglaterra; y hoy aun ignoro quienes sean

los Autores de mi vida:
 con que de este horror cubierta,
 creo que mi nacimiento
 tuvo de humilde mas señas,
 que de ilustre, pues callarle,
 fué sin duda por vergüenza.
 ¿Luego Genaro es mejor
 que yo? ¿Quién eso lo niega?
 Luego en quererme, no solo
 su noble amor manifiesta,
 sino que me honra? Es verdad:
 y es justo dé recompensa
 mi amor al suyo. Además,
 que mi gratitud confiesa
 le debo la vida. ¿Pues
 que haré en que él su dueño sea?
 Quien al agradecimiento
 falta, imposible es que tenga
 buena sangre. Agradecida
 debo ser; que ya esta prueba
 tengo en mi favor de que
 hay buena sangre en mis venas.
 Pero aunque faltáran tantas
 circunstancias que me empeñan
 á amar á Genaro, una
 superior oculta fuerza
 á él me arrastra, á él me inclina
 de tal modo, que no dexa
 arbitrio en mi voluntad
 para que de él me desprenda.
 Y pues me quiere, y merece
 mi amor, que el destino aprueba,
 sea mi esposo, mi dueño,
 mi bien, y mi dicha cierta.
 Genaro... Gen. ¿Qué me mandais?
 Enr. Solo, Genaro, que entiendas,
 que si amandote te doy
 vida, y si te aborreciera,
 te diera muerte, no quiero
 ser tan cruel, ingrata y fiera,
 que al que la vida me dió,
 recompense mi entereza
 dandole la muerte. Quiero
 que vivas, para que veas,
 que lo que te debo, así
 te satisfago. Y pues esta
 declaracion me parece
 que satisfecho te dexa,
 vive para que yo viva,
 y si tu mueres, yo muera.

Se quiere ir, y la detiene.

Gen. Espera, Enriqueta amada,
 y permíteme que pueda
 puesto á tus pies tributarte
 una alma que te venera,
 un corazón que te adora,
 y una vida que te aprecia.
 ¡Qué yo tan feliz he sido!
 ¡Qué es posible te merezca
 pagues mi amor! La alegría,
 el júbilo y la sorpresa
 me atribulan. Yo no sé
 lo que me pasa. Enr. Yo fuera
 una desagradecida,
 si obrase de otra manera
 con quien la vida me ha dado,
 y por quien debo perderla.
 Gen. Pues tuyo soy. Enr. Y yo tuya.
 Los 2. Para que así en dulce hoguera
 vivan, descansen y alienten
 almas que tanto se aprecian.
 Gen. Vamos á ver á mi padre,
 y al jóven que mi clemencia
 condujo aquí desde el monte
 sin sentido, y á la fuerza
 de un benéfico remedio,
 volvió en sí. Enr. Verle desea
 mi curiosidad, Genaro.
 Gen. Tu gusto es ya mi obediencia.
 Y en tus aras... Enr. En tu obsequio...
 Gen. Consagro por dulce ofrenda...
 Enr. Dedico por sacrificio...
 Los 2. Sentidos, alma y potencias. *vans.*
Huerta dilatada, con arboles frondosos, murtas contra los bastidores, macetas y verduras. En lo último del foro, el Rey, y Ricardo, se pasearán lentamente.
 Ric. ¿Con que en efecto, Señor,
 respirais con toda aquella
 preciosa tranquilidad
 que mi corazón desea?
 Rey. Sí, Ricardo. Ric. Pues, Señor,
 Dios permita permanezca.
 Rey. Como os he expresado, al Rey
 acompañaba muy cerca
 de su real persona; herido
 el javalí, entró en las peñas
 mas ásperas; yo en seguirle
 me interesé: y quando en fuerza

de conocer mi peligro,
 tiré al caballo las riendas,
 desbocado ya, no pudo
 reconer la obediencia
 al freno, y precipitóme:
 merecí á la providencia,
 que tu hijo me socorriese,
 y en sus hombros me traxera
 á tu casa sin sentido;
 donde hallé quanto pudiera
 en el palacio del Rey:
 y así, la vida confiesa
 mi agradecimiento os debo,
 y eterno es preciso sea.

Ric. Señor, el que hace lo que
 la humanidad nos enseña,
 hace solo lo que debe.

Rey. Pero es fuerza se agradezca.

Ric. No sería tanto, si
 los hombres bien procedieran;
 porque parece un prodigio
 el que al infeliz remedia;
 y es una obligacion, que
 la sabia naturaleza
 nos impone. No causarán
 por cierto las obras buenas
 admiracion, Señor, si
 con mas frecuencia se hiciéran;
 pero como son tan raras,
 por maravilla se cuentan.

Rey. Decis bien. ¡Un Carbonero *ap.*
 así raciocina y piensa!
 ¡Me admira! ¡Mas de la Corte
 cuánto ha que hicisteis ausencia?

Ric. ¿De la Corte? Yo no he estado
 desde estudiantillo en ella.

Rey. ¿Y por qué? *Ric.* Porque formé
 de ella un concepto que aprueba
 la razon; y por lo mismo
 no quise volver á verla.

Rey. ¿Y cuál es ese concepto?

Ric. La Corte, segun la idea
 que me propuse, es lo mismo
 que un Babel; porque se encuentra
 ninguna, ó poca verdad,
 habiendo infinitas lenguas.
 La tranquilidad allí
 no se conoce, pues reyna
 en todos sus moradores
 una confusion eterna.

Y en efecto, allí las almas
 grandes, á reconocerlas
 por sus virtudes, el mas
 alto talento no llega;
 porque hace la hipocresía
 que otras, con una apariencia,
 que la malicia dispone,
 se equivoquen con aquellas.
 Y en efecto, allí, Señor,
 la profusion, la opulencia,
 y el luxo se estiman; mas
 mi humilde trage desprecian.

Rey. Pero no sabeis, que el Rey
 incesantemente vela
 por el bien de sus Vasallos,
 que como á hijos los aprecia?

Ric. Aunque á mi Rey no conozco,
 tengo noticias muy ciertas
 de sus heroicas virtudes,
 y que lo mejor desea
 para su Reyno: mas como
 no vé lo que pasa, y llegan
 las noticias á su oido,
 ó tarde, ó nunca, remedia
 lo que sabe; y lo que no,
 enfermo siempre se queda.

Rey. ¡Cada vez me admira mas *ap.*
 este hombre! ¡Quién tal creyera!
 Yo he de hacer que conozcáis
 al Rey, y le habléis. *Ric.* Me tiembla,
 de oiros solo, todo el cuerpo!
 ¿Yo hablar á mi Rey? ¿Pudiera
 articular ni una voz
 delante de su presencia?

Rey. ¿Y por qué no? No es un hombre
 como los demás? ¿Desprecia
 al humilde acaso? No oye
 con benignidad sus quejas,
 y enjuga el llanto á los que
 con él á sus plantas llegan?

Ric. ¡Oh Principe amado mio!
 La Divina Omnipotencia
 te dé las felicidades
 que mi alma te desea.
 Señor, aunque el Rey es hombre,
 es Deidad, en quien se observa
 del Altísimo una imágen,
 muy digna de reverencia.
 Toda mi casa, mis hijos,
 la sangre que hay en mis venas,

en su obsequio perderé;
¡pero con qué complacencia!
¡Mas hablarle yo! Señor,
mi veneracion supera
á mi amor, siendo tan grande,
y ella allí me confundiera.

Rey. ¿Pero cómo quereis tanto
al Rey, quando es cosa cierta
que no le habeis visto? *Ric.* Pues
necesita que se vea
el Monarca, para ser
amado con gran terneza
de qualquiera buen Vasallo?
El es padre, que dispensa
sus gracias para sus hijos
los Vasallos, sin que tenga
conocimiento formal
de cada uno; y manifesta
con esto lo que los ama.
Pues por esta misma regla,
aunque no se le conozca,
es preciso se le quiera.

Ric. Yo sería feliz, si
muchos vasallos tuviera
como este. Pues á vuestro hijo
es preciso deis licencia
para que pase á la Corte
conmigo. Yo haré que sea
favorecido del Rey,
y que al instante le ascienda
á un buen empleo. *Ric.* En no siendo
para servirle en la guerra,
nunca lo permitiré.

Rey. ¿Por qué? *Ric.* Porque solo en ella
el mérito se acredita,
y el amor que se profesa
al Rey, y á la Pátria: allí
el valor se manifiesta;
y aquella sangre, que las
heridas en la pelea
vierten, caracteres son
que inmortaliza la tierra
sobre su faz, para que
lo mismo haga el que los lea.

Rey. Pero no reconoceis
que es expuesta esa carrera?

Ric. ¿A qué Señor? ¿A morir
por la gloriosa defensa
del Rey, y la Pátria? ¿Pues
no es muy grande dicha esta?

Por Dios, que si en la campaña,
aun con mis canas, me viera,
por mi Príncipe, prodigios
de valor, Señor, hiciera.

Rey. Dadme los brazos, amigo;
que esas palabras me llenan
de júbilo, y es preciso
de este modo agradecerlas.
Llamadme aquí á vuestro hijo.

Ric. Ya con mi familia llega,
celebrando todos juntos
con bayletes, y con fiesta,
los huspedes que en mi casa tengo.

Rey. ¿Pues quién mas se hospeda
en ella? *Ric.* Una Dama, en quien
pródiga naturaleza
repartió tanta hermosura,
que admira, Señor, al verla.

Rey. ¿Y de dónde es? *Ric.* De la Corte.

Rey. ¿Y cómo está aquí? *Ric.* Por ciertas
aventuras, que es preciso
que os asombren al saberlas:
yo os las contaré, pues ya
mis hijos, y criados, llegan.

*Salen cantando, baylando, y tocando
panderetas, y castañuelas, Isabela,
Jayme, hombres y mugeres, que se
suponen criados de Ricardo: en medio
vendrán Genaro, y Enriqueta; al ver
los dos al Rey, le hacen una profunda
reverencia; pero Enriqueta, que le
conoce inmediatamente, hace
extremos de sorpresa, y
admiracion.*

Cantan. „A los huespedes bizarros
„con bayles celebremos,
„deseando que sus vidas
„no conozcan ya mas riesgos.

Tod. rep. „Que vivan eternos años,
„y siempre dichosos sean.

Enriq. ¡Qué miro! ¡Valgame Dios! *ap.*
Este es el Rey. *Rey* ¡Qué belleza
tan admirable! Mas yo *ap.*
otra vez he visto cerca
de mí este rostro. Ricardo, á él *ap.*
por cierto que en vuestra huerta
hay preciosas plantas! *Ric.* Pero
se han criado en otra tierra;
las de aquí no tienen tanta
sustancia, pero mas fuerza.

Rey.

Rey. Y decidme : esa Madama
¿cómo se llama? *Ric.* Enriqueta.

Rey. ¿Enriqueta? Si, ahora caygo *ap.*
en que de Rusban es esta
la hermana, y aun reconozco
la ha turbado mi presencia.

Enrig. ¿Cómo me mira! Y su vista *ap.*
hace que mas me estremezca!

Rey. No quiero que me descubra; *ap.*
pero esto asi se remedia.
Madama. *Caminando ácia ella.*

Enrig. Señor...

*Queriendo hincarse de rodillas, la
detiene, y dice aparte.*

Rey. ¿Qué haceis?

No quiero que nadie entienda
quien soi; y quiero saber
¿cómo aqui estás? *Enrig.* La sorpresa
que de vuestra Magestad
me causa la Real presencia,
y ser tan larga mi historia,
como infeliz y funesta,
no me permiten que en breve
tiempo, Señor, la refiera:
quando vuestra Magestad
guste, la oirá : mas le ruega
mi fatiga, que eche un rasgo
sobre mí de su clemencia.

Rey. Te lo aseguro. Despues
sabré despacio tus penas.

Disimula. **Gen.** ¿Qué hablarán
este jóven y Enriqueta,
en secreto tanto tiempo?

Pues si pronto no lo dexan,
perdonen todos, que yo
haré lo dexten por fuerza.

Rey. ¿Con qué, Madama, de Londres
sois? *Enrig.* Señor, aunque quisiera
ocultarlo, mi vestido
parece lo manifiesta.

Y sé sois hijo del Conde

de Egremont. **Rey.** ¿Quién os lo niega?

Ric. ¿Del Conde de Egremont hijo?

Oy mi fortuna es completa.

Gen. ¿Que he escuchado! Hijo de Conde
de Egremont sois? Del que cuenta
la fama por el mayor

Héroe, que hay sobre la tierra?

De aquel General valiente,
que de la Patria en defensa,

se coronó en la campaña,
y en ocasiones diversas,
de Laureles, que la envidia,
ni el tiempo, no es fácil puedan
marchitar? Que sois del Conde
de Egremont hijo, el que espera
que hoy pase su Regimiento
por aquí, para que sea
conducido á conseguir
á su lado glorias nuevas?

¡Ah! ¡si yo lograra ir
baxo sus órdenes! **Rey.** Esa
satisfaccion, que con tanto
gusto parece deseas,
ya la tienes conseguida;
pero no como tú piensas.
Capitan del Regimiento
de Egremont eres. Y piensa
que esta remuneracion
á la vida que confiesa
deberte mi amor, Genaro,
no es mas que una leve muestra
de mi gratitud, pues quiero
gozes otras mas completas.

Gen. y Ric. Gran Señor, á vuestros pies...

Rey. No, mis brazos quiero sean
los que acrediten lo mucho
que os estimo. Yo haré cierta
tu fortuna, porque ya
que me descubrió Enriqueta,
al Rey pediré que te haga
las gracias que hacerte pueda.

Enrig. Y sabed, que con el Rey
puede mucho su Excelencia.

Apenas acierto á hablar *ap.*
del gozo que experimenta
mi corazon. Mi Genaro
Capitan! ¡Qué complacencia!

Gen. En su semblante acredita *ap.*
su alegría mi Enriqueta!

Ric. Señor Capitan, yo os doy
amables enhorabuenas
por vuestro adelantamiento;
pero las acciones vuestras
cuidan de que correspondan
al carácter que os eleva,
al padrino que teneis,
y á la sangre de esas venas.

Gen. Saber morir por mi Rey
es mi obligacion primera.



Isa. Señor, tambien es preciso que os acordeis de Isabela, que al miraros desmayado, y con tan bella presencia, lloraba, sin que pudiese mis lágrimas contenerlas: pero despues que cobrasteis el sentido, y que ya vuestra amable vida se veia libre de la horrible fuerza del accidente, ¿qué gozo, qué júbilo y complacencia se derramó por mi pecho? Sobre que mi alma os profesa mas amor que á Jayme, siendo el que mi padre desea que yo admita por marido. Esto pende de la enfluencia de los astros, que me obligan á que mas que á nadie os quiera.

Gen. Isabela... *Rey.* Dexala, que me gusta su inocencia.

Ric. Al menos, Señor, no hay ninguna malicia en ella.

Rey. Si, Isabela, hermosa, yo tanto estimo tu fineza, que te haré dichosa. ¿Y Jayme quién es? *Isa.* Este. Jayme, llega.

Jay. Yo, Señor, soy Jayme, y soy quien rendidamente os ruega que con mi amo el Capitan tambien me empleeis en la guerra, adonde venga un bala, y me parta la cabeza, para no oir en jamas las cosas que mi Isabela me dice: ella al mas ruin mozo por mejor que yo contempla, sin ver que no tengo culpa de que la naturaleza no me hubiese á mí hecho el mas polido que hay en la tierra; que aunque lo fuera, lo mismo que la quiero, la quisiera. En fin, ¿cómo ha de ser? Soy muy desgraciado con ella, y mas que el Tamesis gotas tiene de agua, á mí me cuesta su amor lágrimas, y aun con eso no está contenta.

Rey. Jayme, tú mereces ser querido por tu firmeza: Felíz te haré. ¿Quánto gusto me dan almas tan sinceras? *Ricardo*, saber deseo como aquí se halla Enriqueta.

Ric. Está bien, Señor. Muchachos, continuad, pues, vuestra fiesta, y dexadnos todos solos.

Todos. Pues repitamos la letra.

Gen. Ven, Enriqueta adorada.

Enriq. Si eres mi norte, ¿no es fuerza que te siga? *Gen.* Felíz quien oye tan dulces finezas.

Repiten la letra, y se van todos baylando.

Ric. Vais, Señor, á escuchar una historia, que aunque pequeña, creo que me confeseis que es muy peregrina y nueva.

Rey. Decid pues. *Ric.* Esta mañana, poco ántes que amaneciera, á exercitar fuí mi oficio al monte, que es sacar piedra para hacer carbon: no bien á él llegué, quando muy cerca de mí, ruido escucho: aplico la vista por las espesas ramas, y á la escasa luz de la Luna, veo llegan allí dos hombres montados, y quatro á pie: creí que eran...

Salen Jayme corriendo.

Jay. Nostramo, un Milord, según ha dicho, llegó á la puerta de nuestra casa, con otro, los dos á caballo; se entran montados por el portal, como si en su casa fuera; y el Milord, cuyo semblante declara bien su soberbia, me preguntó por usted; dixé estabais en la huerta; y sin esperar á mas, tras de mí viene, y ya llega.

Ric. ¿Un Milord buscarne á mí?

Rey. Yo no quiero que me vea, oculto estaré allí. *Ric.* Mi gusto es solo el de Vuestre cencia.

Se oculta el Rey en la izquierda; y por la derecha salen Rusban y Eduardo.

No

Rusb. No te apartes de mi lado, si tener vida deseas; pues ya conozco que vienes aquí con mucha violencia, y esto me hace que recele mucho de tí... *Eduar.* Mi inocencia! amparen los justos Cielos. *ap.*

Rusb. ¿Con qué sois el dueño de esta casa? *Ric.* Y vuestro humilde criado.

Rusb. Sea muy enhorabuena.

Rey. Milord Rusban es: sin duda busca á su hermana Enriqueta: oírle importa. *Rusb.* ¿Conoceis á este hombre? *Ric.* La vez primera que logro verle, esta es.

Eduar. Aquí ya mi muerte es cierta. *ap.*

Ric. ¿Qué es lo que queréis, Señor?

Rusb. Haced salga de la huerta ese criado. *Ric.* Jayme, vete.

Vase Jayme.

Rey. ¿Qué prevenciones son estas?

Rusb. En vuestra casa tenéis una dama. *Ric.* ¿Quién os niega esa verdad? *Ed.* ¿Qué oigo, Cielos! *ap.*

Rusb. Su nombre no es Enriqueta?

Ric. Si Señor. *Eduar.* ¡Absorto estoy! *ap.*

Rusb. Eduardo, ahora si que es fuerza que confiese tu honradez, tu bondad, y tu pureza.

Eduar. Este prodigioso caso *ap.* el justo Cielo le ordena.

Rusb. Pues á Enriqueta entregadme porque yo vengo por ella.

Ric. ¿Y para eso quién sois vos?

Rusb. No hablaréis de esa manera, quando sepais que Milord Rusban os la pide. *Ric.* Fuera demasiado simple yo, si aunque seais ese que expresa vuestra voz, os la entregára. Ella no es hermana vuestra: todo lo sabemos ya:

y pretendéis con violencia quitarla el honor: y tal vez por vos sería puesta en el sepulcro, del qual la liberto mi clemencia.

Rey. ¿Quanto oigo me admira! *Ric.* En fin seais, ó no, el Milord, la empresa de que á Enriqueta os entregue, primero que el Rey no entienda

todo este caso, es difícil.

Rusb. ¡Y me hablas de esa manera, villano, sin conocer que haré que víctima seas de mis furores! *Sale Enr.* Si al Rey hablarle solo pudiera...

¡Mas qué miro! ¡Ay Dios! Eduardo

Los dos con ímpetu de sumo gozo.

Ed. ¡Madama! *Rusb.* ¡Cielos, no es ella!

¡Qué feliz encuentro! No

Enriqueta, te detengas,

sígueme á Londres. *Rey.* El caso se ha dispuesto de manera *ap.*

aunque de él nada comprendo,

que ya me parece es fuerza

que me descubra. *Enriq.* Primero

que en tu poder mas me vea,

haré que sacrificada

á un puñal mi vida sea.

Yo con un hombre tan cruel

como Rusban? La obediencia

que como á hermano debia

tenerte, está ya deshecha,

pues no lo eres mio; ni el

mas leve imperio te queda

sobre mí: libre nací,

ni aun sé á quien el sér le deba:

mas no importa, que las almas

nobles, labran su nobleza

con la virtud: tú al contrario

procedes, pues la que heredas

la manchas con tus acciones

que mi corazón detesta,

y mi vida teme. Vete,

bárbaro, de mi presencia,

que entre estas humildes gentes

todas mis dichas se encuentran;

y puede ser que haya aquí

quien abata tu soberbia,

quien reprima tus crueldades,

y castigue tu imprudencia.

Rey. ¡Cada vez mas admirado

me contemplo! *Rusb.* ¡Y así piensas,

injusta, de mí burlarte!

Ven á Londres: no hagas vuelva

el amor que aquí me trae,

en un horror, que convierta

en pavesas esta casa,

y á quantos estan en ella.

Ric. Ni eso haréis, ni irá con vos

Enriqueta. *Rusb.* ¿Y hay quien pueda estorvarlo? *Ric.* Si hay. *Rusb.* ¿Quién?
Sale el Rey, y Rusban y Eduardo se sorprenden.

Rey. Yo. *Rusb.* ¿Qué miro! Mi sorpresa..

Ed. ¿Qué veo, Cielos! El Rey!

Rus. Si acaso yo. . . Quando... vuestra...

Rey. No quiero oírte, hasta que todo quanto ignoro entienda,

y entónces no faltará mi justicia al que la tenga.

Enriq. Pues de mi parte está toda.

Ed. Mi labio así lo confiesa,

Señor. *Ric.* ¿Qué grande respeto *ap.*

al hijo de Egremont muestran

todos! ¡Esto me sorprende!

Y el ardor y la soberbia

del Milord, como una nieve

ha dexado su presencia.

Rusb. ¡Aquí el Rey! ¡Confuso estoy! *ap.*

Ed. Visiblemente á mis penas *ap.*

hoy el Cielo dá remedio.

Rey. Quiero expliques, Enriqueta,

por qué aquí te hallas, por qué

Rusban ser tu amante muestra

mas que tu hermano, y por qué

á ir á la Corte te niegas

á su lado; pues todo esto,

bien reflexionado, dexa

confuso mi entendimiento,

quando penetrarlo intenta. (*da*)

Rus. Gran Señor, sabed que.. *Rey.* Aguar-

Enriqueta quiero sea

la que me entere primero

de este caso que me cuesta

tanta confusion, Rusban.

Pero ántes es bien que adviertas

castigará las maldades

el que las virtudes premia.

Rusb. Gran Señor, si yo.. *Rey.* El amago

es este: del golpe tiembla.

Habla Enriqueta. *Ric.* Temblando

me ha dexado su presencia *ap.*

irritada. Ya otro rostro

es el suyo del que era.

Enriq. Oid, Señor, atentamente,

que mi historia infausta empieza.

Salen corriendo Isabela, Jayme, y to-

dos los criados con las panderetas y

castañuelas.

Dentro Egr. Seguidme todos.

Rey. ¿Qué es esto?

Jay. Nostramo. *Isab.* Padre.. *Ric.* Isabela,

Jayme, ¿qué ocurre? *Isa.* Han llegado

á casa. . . La voz apenas

puedo formar. *Ric.* ¿Quién llegó?

Jay. Muchos Señores que piensan

aquí hallar á nuestro Rey.

Ric. ¡A nuestro Rey!

Los 2. Vedlos, ya entran.

Salen con precipitacion el Conde de

Egremont, Milord Gray, los Oficia-

les, Genaro, y Monteros.

Gen. Estos Señores al Rey

buscan con tanta impaciencia. . .

Egre. Todo se exámine. . . ¡Mas

qué miro! Señor, á vuestras

invictas plantas rendido. . .

Gray. Postrados todos en ellas. . .

Todos. Damos á Dios, por haberos

hallado, gracias inmensas.

Rey. Vasallos amados míos,

mis brazos descanso sean

de esas amantes fatigas

que mi vida real os cuesta.

Ric. Gran Dios, ¿qué es lo que escuchado!

Este es mi Rey! Su grandeza

se dignó de oír á este pobre

caduco tantas simplezas!

Pues si he logrado esta gloria,

¿qué mas de esta vida esperan

mis cansados años? Hijos,

Genaro, Jayme, Isabela,

llegad conmigo á los pies

de la Magestad excelsa

de nuestro gran Rey, que es éste;

Todos se precipitan á los pies del Rey.

besemoselos en vuestras

de nuestra veneracion:

y todos digamos, sea

su nombre aclamado en todo

el ámbito de la tierra.

Todos. Aclame su nombre todo

el ámbito de la tierra.

Rey. ¡Qué espectáculo tan digno *ap.*

de mi amor y mi clemencia!

Alzad todos á mis brazos.

Vuestro Rey soy; y confiesa

mi gratitud, que la vida

os debo. *Jaym.* ¿Quién tal creyera!

¿Que

¡Qué fué el Rey á quien conté las cosas de mi Isabela!

Isa. Jayme, yo temblando estoy, y he quedado medio lela.

Egrem. Hallarse Milord Rusban aquí, y ¡su hermana Enriqueta!

Gen. Otras mil veces, Señor, permitidme que en la tierra que pisais ponga mis labios, mi respeto, mi obediencia, mi vida y mi sangre, para acreditaros la inmensa alegría, que en mi pecho esparce, causa y fomenta el saber que sois mi Rey, á quien ofrezco en la guerra adquirir toda la gloria, que mi corazon anhela.

Rey. Levanta: de tí lo creo, Genaro. Egremont, en esta pobre familia encontré la vida. *Egrem.* Todos á vuestra Magestad, Señor, buscamos con el ansia, con la pena mas grande. De un pasajero supimos... *Rey.* Egremont, deja infaustas noticias, pues hoy quiero que todo sea alegría en esta casa, ya que hallé mi vida en ella.

¡Ves Ricardo, como hablastes á tu Rey! *Ric.* Pero mi lengua estaba entónces, Señor, muy perspicaz, y muy suelta.

Rey. ¡Yahora cómo está? *Ric.* Ahora está..

¡No lo veis! Con balbucencia.

Rusb. ¡Quién pudiera imaginar que esta casualidad fuera la que á mis ansias quitara la posesion que desean!

Eduar. Teniendo conocimiento ya el Rey de este caso, es fuerza esperar que tengan fin mis fatigas, y mis penas.

Rey. Egremont, el Regimiento quando pasará? *Egrem.* Está cerca ya de este sitio, Señor.

Rey. Pues dá orden que á toda priesa se adelante para verle.

Egrem. Se hará como me lo ordena vuestra Magestad, Señor.

Habla á parte á un Oficial que se va corriendo.

Rey. En tanto quiero, Enriqueta, que me cuentes tu suceso.

Y pues que del Sol la fuerza es ya mucha, adentro vamos. Rusban, hasta que la buelta dé á Londres, que no te apartes de esta casa. *Rusb.* Mi obediencia rendida está, Señor. *Ric.* Hijos, suenen esas panderetas, cantad, baylad, y del gozo hoy toda mi casa sea habitacion solamente, pues tanta dicha en sí encierra.

Gen. Y digan todos conmigo, para principiar la fiesta...

El septimo Rey Enrique viva, reyne, y siempre venza.

Todos El septimo Rey Enrique viva, reyne, y siempre venza.

Repiten el bayle, á cuyo compás se entran todos por su orden.

ACTO TERCERO.

Salon largo de la casa de Ricardo, adornado como corresponde á su ejercicio. Salen Eduardo, Rusban, Enriqueta, Ricardo, y el Rey; éste apenas entra en la escena, hablará con el Oficial.

Rusb. ¡Qué determinará el Rey! *ap.* ¡Oh Dios! Yo estoy confundido.

Eduar. ¡Quándo romperé el silencio que está en mi pecho escondido!

Rey. Cumple mi orden... *Ofic.* Reverente va mi obediencia á servirlos. *vase.*

Enr. Todo el Rey lo sabe ya.

¡Qué resolverá! No vivo hasta entenderlo. *Rey.* En efecto, mi deseo se ha cumplido, porque ya sé de Enriqueta el caso tan peregrino; y no hay disculpa ninguna, Rusban, para tu delito.

Tu fin fué darla la muerte, y lo hubieras conseguido, á no haber Eduardo obrado tan piadoso, tan benigno, que la confeccion la dió, en vez del veneno activo,

por tí preparado: luego
 el piadoso cielo quiso
 que Ricardo la sacase
 de aquel horroroso sitio,
 que la dió para sepulcro
 tu corazón siempre impio.
 Tan grande inhumanidad,
 que de oírla me horrorizo,
 hace que lo justiciero
 olvide lo compasivo:
 mas porque veas procedo
 con toda equidad, permito
 te justifiques: ¿qué tienes
 que decir contra esos mismos
 cargos horrorosos? Habla;
 que el buen Rey, presta un oído
 á la queja, y otro es todo
 de la disculpa: esta admito:
 dila, pues. *Rush.* ¡Ah gran Señor!
 Lo que en mi descargo digo
 es solo, que apenas supe
 que Enriqueta (¡cruel destino!)
 no era mi hermana, en mi pecho
 un amor tan excesivo
 nació, que á su dulce incendio
 se esclavizó el alvedrío.
 La declaré mi pasión
 con mi voz, con mis suspiros,
 y con amables promesas;
 sentando, que este cariño
 era honesto, pues pensaba
 viera el matrimonio unidos
 el suyo, y mi corazón.
 Pero siempre endurecido
 su pecho encontré, Señor.
 Quise saber el motivo
 de esta tirana aversion;
 y hallé, que estaba rendido
 su amor á Carlos, un jóven,
 que desde pequeño quiso
 á Enriqueta, y ella á él,
 porque se crió desde niño
 en mi casa. Yo confieso,
 Señor, que al verle admitido
 en su gracia, y despreciado
 yo de ella, nació un abismo
 en mi corazón de celos,
 que las luces de mi juicio
 confundió. Para indagarlos
 con mayor certeza, finjo
 un día salir de Londres,

y quedé oculto: examinó,
 entrando en mi propia casa
 por la noche, que consigo
 hablando Enriqueta sola,
 decia... ¿Quándo el alivio
 dará con su vista Carlos
 á mis penas? Y perdido
 mi talento, y mi razón,
 darla muerte determino.
 Pasó quanto sabe ya
 vuestra Magestad. Público
 mi culpa; pero confieso
 que amor fué de ella motivo.
 Esto lo prueba mi llanto,
 mi tormento, y mi martirio,
 quando ilustró la razón
 al entendimiento mio,
 y reconocí el error
 de mi ceguedad: testigo
 de ello es el mismo Eduardo.
 Yo sufriré aquel castigo
 que vuestra Magestad dé
 á mi culpa; mas suplico
 á esos Reales pies postrado,
 que atienda justo y benigno
 á que mi error hijo fué
 de un amor fiel, noble y fino.

Rey. Te he escuchado. Y porque veas
 que procedo en este juicio
 libre de pasión... ¿Ricardo?

Ric. Señor. *Rey.* Que des determino
 la sentencia en este caso.
 Y de tu prudencia fio,
 que la desempeñes como
 merece mi real servicio.

Ric. Yo sentenciar, ¿gran Señor?
 Pues acaso... *Rey.* No te admito
 excusa: lo que he mandado
 es fuerza verlo cumplido.

Ric. Pues si la obediencia es prueba
 del amor y en esto os sirvo,
 vuestra Real resolución
 voy á observar. *Rey.* Y entendido
 tengan todos, que lo que
 decretes, he de cumplirlo.

Ric. Enriqueta, un cargo os hace
 Rusban, segun he entendido,
 que es fuerza evacuar. ¿A Carlos
 amas? *Enriq.* No Señor, le estimo
 por su noble proceder, no mas.

Ric. Pues quando contigo

so'a hablabas, y decias.

¿Quándo vendrá á dar alivio á mis penas con su vista

Cárlos! ¿no fué un grande indicio de amarle muy tiernamente?

Enriq. No lo fué, Señor; lo afirmo.

Ric. ¿Cómo? *Enr.* Porque esas palabras las dije con un sentido

muy diferente. *Ric.* ¿Y cuál fue?

Enriq. Opuesta yo á dar oídos

á la pasión de Rusban,

y por huir de los peligros

que pudiera producirme

estar debajo de un mismo

techo los dos, le mandé

á Cárlos, que con sigilo

un Convento me buscara

para que fuese mi asilo.

Le proporcionó: y estando

todo, Señor, prevenido,

para que al día siguiente

fuese mi centro el retiro,

impaciente aquella noche

para sacar mis vestidos

le esperaba; mas tardando,

dixe... Quándo dará alivio

á mis penas con su vista

Cárlos! Ya veis, que es distinto

este sentido, y aquel:

y mi razón justifica

con la licencia que tengo

del Convento en este escrito.

Vedle, y hallaréis en él *se le dá.*

mi cargo desvanecido.

Ric. Es verdad; mas por qué no

admitisteis el partido

que os hizo Rusban de ser

vuestro esposo? *Enriq.* Si él lo dijo

alguna vez, no fue á mí,

porque jamás se lo he oído:

él solamente aspiró

á triunfar del honor mio. *(que no*

Ric. ¿Qué respondeis? *Rusb.* Que aun

manifesté mi designio

á Enriqueta, fue mi fin

ser su esposo. *Ric.* Y yo he creído,

que en vuestro fiel corazón

permanece el amor mismo.

Rusb. Será eterno. *Ric.* Bien.

Pasa y habla á parte con el Rey.

Eduar. En qué *áp.*

situación, en qué conflicto

me encuentro! Si el Rey dispone

este lazo, aunque en peligro

ponga mi vida, ni debo,

ni es posible permitirlo.

Rey. Y eso es lo que te parece

que es lo justo? *Ric.* Por preciso

tengo sea la sentencia,

que dé Rusban de marido

la mano á Enriqueta. *Rey.* Y puede

servirle eso de castigo? *(que*

Ric. Y grande. *Rey.* ¿Por que? *Ric.* Por-

según Enriqueta dixo,

fue delinquente su amor,

y él lo contrario ha fingido:

Haciendo case con ella,

se consiguen dos partidos;

el primero que Enriqueta

quede con los propios brillos

con que se ha criado; y el otro,

que si fueron los designios

de Rusban injustos, tenga

esta pena su delito,

que no es pequeña, Señor,

sujetarle el alvedrio,

y la voluntad, al nudo

del matrimonio: y si es fixo

que le desea, estará

á mí siempre agradecido.

Enriq. De un discurso tan secreto, *ap.*

qué resultará, Dios mio!

Rusb. Por ser el Rey tan clemente, *ap.*

no temo ningún peligro.

Ric. Esto discurro, Señor.

Rey. Dices bien: me has convencido.

Rusban, aunque yo debiera

imponer á tu delito

la pena correspondiente,

le perdono, le remito,

esperando que la enmienda

declare en lo sucesivo,

que eres á mi Real piedad,

qual debes, agradecido

Enriqueta es ya tu esposa;

y yo he de ser el padrino

de estas bodas.

Rusb. y *Enriqueta.* y *Eduardo* ma-

nifestan su sorpresa en sus acciones.

Rusb. Gran Señor, *con alegría.*

Enriq. Señor, *con sentimiento.*

Eduar. ¿Qué cruel martirio!

Rey. No quiero que me deis gracias;

que ya en los tres exámino
la alegría, que mi Real
providencia ha producido
en vuestras almas: mas si
la siente alguno, entendido
tenga, que sabré poner
su cabeza á los pies míos.

Estima mucho á Enriqueta,
Rusban, que yo te lo pido.

Rusb. Yo os doy palabra, Señor,
de amarla mas que á mí mismo.

Enr. Y he de enlazarme al que tanto *ap.*
aborrezco, y abomino;

y por un precepto cruel,
abandonar lo que estimo!

¡Ah, Genaro! **Eduar.** Ni aun hablar
me deja el Rey, y yo espiro.

Rusb. Feliz mil veces mi amor *ap.*
pues su fin ha conseguido.

Ric. Todo ha terminado en dichas,
y todo lo solemnizo.

Sale Ofic. Gran Señor, vuestro Real orden
en todo está obedecido.

Rey. Pues di á Egremont le conduzca
al punto. **Ofic.** Voy á servirlos. *vase.*

Eduar. ¡Qué podré hacer en un caso
tan fuerte! *ap.* **Enriq.** Genaro mio, *ap.*
antes que de tí me aparten,
mi vida daré á un cuchillo.

**Salen algunos Monteros, el Oficial
Milord Gray, y Egremont, que con-
ducen á Genaro vestido de Capitan: Ri-
cardo, y Enriqueta al verle hacen
muchos extremos de gozo.**

Egre. A vuestros pies, gran Señor,
este Capitan dedico,
que formó vuestra Real mano
para el Regimiento mio.

Rey. Levantad **Gen.** Dejad, Señor,
Lo hacen todos menos Genaro.

que permanezca rendido
en ellos mi corazon,
para que en fiel sacrificio,
agradezca tantas glorias
á que me habeis ascendido;
con las quales, ya inflamado
de otro ser, de otro distinto
ardor, en mi pecho siento
nuevo aliento, nuevos bríos,
que sabré manifestar

delante del enemigo,
para acreditar así

lo que os amo, en lo que os sirvo.

Rey. Alza, Genaro, á mis brazos;
y cree, que mucho confío
en tu valor generoso.

Ric. Genaro, querido hijo,
¡qué bello Capitan haces!
Cómo te sienta el vestido!
Mánchale bien en la guerra
con la sangre de enemigos,
y con la tuya, y entónces
le darás mayores brillos.
Pero perdonad, Señor,
este grande exceso mio
ante vuestra Magestad,
creyendo le ha producido
el paternal amor. **Rey.** Si;
y de ello me regocijo.

Gen. Ah, mi querida Enriqueta, *ap.*
qué feliz seré contigo!

Rey. Egremont, mientras que tú
mis órdenes has cumplido,
aquí he formado unas bodas:
Rusban y Enriqueta hoy mismo
serán esposos. **Gen.** ¡Oh cielos! *ap.*
¡Qué sangriento basilisco
para devorar mi pecho,
se ha entrado por los oídos!

Egre. Con vuestra real expresion
quedamos muy confundidos!
Rusban y Enriqueta, esposos,
siendo hermanos! **Rey.** Yo lo afirmo:
Esposos serán: de todo
sereis despues advertidos.

Egre. Yo os doy mil enhorabuenas.

Gray Yo placeres infinitos.

En. Que crueldad: **Ed.** Mortal dolor. *ap.*

Salen corriendo Isabel, y Jayme.

Isab. ¿Dónde estás, hermano mio?

Jay. Señor... *Los 2.* Dadnos mil abrazos.
pues ya Capitan os miro.

Ric. Apartad. **Rey.** No; déxalos,
que esos extremos tan finos
la misma naturaleza
los produce de continuo.

Gen. Pero como, justos Cielos, *ap.*
Enriqueta consentido
habrá en esta union, dexando
burlado así el amor mio!

Rey. ¿Y el Regimiento? **Egre.** Las ocho

son, y llegará á este sitio
á los ocho y media. *Rey.* Pues
mientras tanto, divertidos
estarémos en la huerta:
venid todos.

Tod. Ya os seguimos. *siguiendo al Rey.*

Edu. Yo he de romper mi silencio,
aunque muera al punto mismo.

Vanse todos: Gen. detiene á Enriqueta.

Gen. Esperate, ingrata, aguarda;

y antes que mires cumplido
el cruel decreto, que has dado
contra mi vida, á tu oído
lleguen las clausulas tristes,
pero justas, los suspiros
de mi amante corazon,
funestos, pero precisos;
y en quejas de tu traycion
exále el corazon mio
el último aliento en prueba
de mi dolor, y martirio.

No quiero explicar finezas
que me debes, pues registro
basta solo que las sepa
quien las recibió, y las hizo,
para que aquel se avergüence,
si faltó á lo agradecido;
y éste conozca, que fueron
echadas al ayre mismo.

Despues de que seduciste
mi vida con los hechizos
de tu hermosura: despues
que á impulsos del fuego activo
en que ardia, hice pasara
desde mi pecho á tu oído
la amable declaracion
de mi amoroso deliquio;

y despues que merecí
admitiese grato, fino,
y amable, tu corazon
en su dulce seno al mio,

procediste tan injusta,
tan cruel, tan falsa conmigo,
que apenas pasa un momento,
á otro premia tu cariño,
y dexas abandonado
al que fue favorecido?

¿Qué causa te he dado para
un proceder tan impio?

Te enfadaron los amantes
reverentes sacrificios

que inmolé en tus aras? ¡Ah!

¡Qué desengaño, qué aviso
hallo la primera vez

que al amor me ví rendido!

Goza á Rusban, falsa; goza

sus caricias con tranquilo

y eterno amor; que yo haré

de modo que mis suspiros

me acaben, que mi dolor

dé fin al aliento mio,

que mi vista no te ofenda,

y en fin, que acabe rendido

á las penas que me causas,

ansias, males, y martirios.

Quiere irse, y le detiene.

Euriq. Detente; no de ese modo

te arrastre un tirano juicio,

que haces de mi fiel amor.

No quieras, Genaro mio,

en medio de los tormentos

tan crueles, tan excesivos

que estoy pasando, doblarlos,

y reducirme al suplicio

mas inhumano. Tu padre,

tu padre ha sido el motivo

de conducirme al sepulcro,

ó al tálamo, que es lo mismo,

con Rusban. ¡Lo aprobó el Rey!

Y por mas que me horrorizo

solo al pensarlo, por mas

que allí el labio mio quiso

manifestar el horror

que á Rusban profeso, me hizo

contener su Magestad,

diciendo que era preciso

formar este lazo, ó dar

á su indignacion motivo

quien á él se opusiese. Mira

en tan cruel, duro conflicto

quantas ansias pasaria

el triste corazon mio,

viendo, qué violentamente

al que es de mí aborrecido

se me unia, y me arrancaban

del feliz norte, que sigo,

del dulce puerto, que busco,

y del objeto, que estimo,

que eres tú, Genaro. Y pues

es la verdad lo que he dicho,

discurre, piensa, imagina

algún medio, algún arbitrio,

que venza mi dura estrella,
y mi infelice destino;
y verás soy en amarte
milagro, asombro, y prodigio.

Gen. Dexa, que otra vez el alma
te vuelva. ¡Qué es lo que he oído!
¡Qué eres mía! Pues ya no
temo, Enriqueta, peligros.
Me pondré á los pies del Rey,
le expresaré el amor mio,
y que merezco que sea
del tuyo favorecido:
y no me apartaré de ellos
hasta haberle reducido
á que con tu mano dé
vida al que confiesa él mismo
debe la suya. *Ed.* Sial Rey *albastid.*
solo hallára en este sitio...
Mas Genaro, y Enriqueta,
están allí. *Gen.* No, bien mio,
no sientas mas. De Rusban
no serás, porque confío
que el Rey sus benignidades
las exercite conmigo.

Edu. ¡Qué oigo, Cielos! De Enriqueta
Genaro es favorecido.
Este amor puede ser útil
para lograr mis designios.

Gen. Sigueme, mi bien. *Enriq.* Tus pasos
como á mi norte los sigo.

Al irse, sale Eduardo, y se detienen.

Edu. Pero ese norte, Enriqueta,
puede causar mil peligros.

Enriq. ¡Ay Dios! me escuchó Eduardo,
á quien respeto, y estimo, *ap.*
como si fuera mi padre.

Gen. Eduardo, querido amigo,
la sorpresa de Enriqueta...

Edu. Nace de amor, lo he entendido,
y quiero que tenga efecto.

Los 2. Efecto. *Edu.* Sí, yo lo afirmo.
Vamos á ver al Rey. *Los 2.* Vamos.

Edu. Lleva, Enriqueta, entendido,
que voy á decir al Rey...

Enriq. Eduardo, qué? *vanse.*
Eduar. Un prodigio.

*Salon corto. Sale Isabela corriendo, se-
guida de Jayme, y de los demás cria-
dos de Ricardo. A lo lejos, se escu-
chará la música del Regimiento, que
tocará una agradable marcha.*

Isab. Corred, muchachos, á ver
el Regimiento locido
del que es Capitan mi hermano;
pues su Magestad, seguido
de mi padre, y los Señores,
sale de casa ahora mismo,
para honrarle con su vista.
No oís los tambores, pitos,
y las dulzainas, que suenan
á lo lejos? *Jaym.* Ya lo oímos.
Pero antes dime, Isabela,
en qué quedamos? Respiro
con tranquilidad por tí,
ó muero de un tabardillo?

Isab. No te entiendo; habla mas claro.

Jay. ¿Es adverso, ó es propicio
tu amor para mí? Podré
creer, que pagas mi cariño,
ó me emboco en el sepulcro
por huir de tus desvios?

Isab. Hasta ahora, aunque reconozco
no es tu mérito tan lindo
como el de otros, que me quieren,
como eres un pobrecillo
de buen génio, y como sé
que me quieres enfenito,
de mi voluntad ocupas
solo el lugar premetivo;
pero despues no sabemos
las revueltas que el destino
puede dar; que en estas cosas
de amor, hay tales caprichos,
que aquello que hoy mas se quiere,
es mañana aborrecido.

Jay. Pero eso es una inconstancia.

Isab. ¿Quién lo contrario te ha dicho?
¿Pero sabéis si hay alguna
muger firme? Desatino.
En la variedad se busca
el gusto, Jayme querido.

Jay. Pues desposémonos pronto,
y quitas esos peligros.

Isab. Mayores los hay entónces.

Jay. Pero entónces el marido,
si anda tuerta la muger,
tiene facultad y arbitrio
para enderezarla. *Isab.* ¿Cómo?

Jay. A garrotazos. *Isab.* Maldito,
¿esas tienes? No entrarás
jamás en el Reyno mio.

Bien puedes por otra parte

com-

componerte, que conmigo
no casarás. ¿Garrotazos?
¿Pringamos, y aun no freímos?
No me veas mas. Vamos á
ver el Regimiento, chicos. *vanse.*

Jay. Espera, Isabela mia.

Maldito sea mi pico.

¿Quién me metió á mí en decir
lo que no he de hacer? Preciso
es sospirar á sus pies
por volver á su cariño. *vase.*

Selva larga. Se oye todo el golpe de la
música del Regimiento, que tocará mar-
cha. Salen los Monteros, los Oficiales,
Gray, Rusban, Eduardo, Genaro, En-
riqueta, Ricardo, y el Rey: Egremont,
tomandola venia del Rey, hace la seña,
y marcha el Regimiento con el orden
que se dirá con la viva voz: poco des-
pues salen Isabela, Jayme y los
criados.

Egrem. Quando Vuestra Magestad
determine, el Regimiento
pasará por aquí. *Rey.* Pase
al instante. *Egrem.* Os obedezco.

*Salen los Soldados marchando. Pasa
donde está el tambor de orden, hace
señas con el baston, 1. para poner las
armas al hombro, 2. para formarse en
batalla, 3. para marchar; cuyos toques
los executa el tambor, y empieza el Re-
gimiento á cruzar la escena con el
orden, y perfeccion posible.*

Rey. ¡Bizarros jóvenes! Todos
son muy dignos de mi afecto.
Tienes, Egremont, la gente
mas admirable, que creo
hay en mi ejército todo.
Reparte para un refresco
ciento y cincuenta guineas
á mis Soldados. *Egrem.* Por ellos
doy á vuestra Magestad
gracias humildes. *Rey.* Con esto,
vamos á la Corte ya.
Pero, Ricardo, á ella quiero
mudes tu casa. *Ric.* Señor,
¿yo á la Corte? *Rey.* No hay remedio:
te tengo nombrado ya
miembro de mi Parlamento.

Ric. ¿Qué decis, Señor? ¿A mí?

¿A un infeliz Carbonero?

Pues no veís, que vuestra hechura
no os dexará satisfecho?

Rey. En mirándote á mi lado,
lo estaré. *Ric.* Pues obedezco.

Isa. ¿Y querrás ahora me case á Jay.
contigo, quando ya vemos
que soy la Parlamentaria,
hija de un Parlamentero?

Rey. Rusban, hoy tus desposorios
determino queden hechos.

Gen. A vuestros pies, gran Señor,
en esta ocasion os ruego
que la Real clemencia vuestra
dé á mis fatigas remedio.

Enriq. Y amparo á las mias, pues
si él me falta, yo fallezco.

Ric. ¿Qué querrá Enriqueta, y mi hijo? *ap.*

Ed. Dios quiera dar buen suceso *ap.*
á mi arbitrio. *Rey.* Alza, Enriqueta;
Genaro, dime, ¿qué es esto?

Gen. Señor, es una pasion,
un fiel amor que profeso
á Enriqueta. *Enriq.* Y con el mio,
esta vida, que le debo,
le pago. Señor, yo voy
á unirme á Rusban por vuestro
orden soberano; mas
con tanto horror, que confieso
que ántes quisiera morir
que ser su esposa: aborrezco
á su memoria. Genaro
me dió la vida, y pretendo
pagársela, siendo suya.
A esto aspiro, esto deseo;
y con mi llanto, estas plantas
para conseguirlo, riego.

Gen. Con el mio solicito,
oh mi amado Rey, lo mesmo.

Rey. Levantad. *Rusb.* Señor, vos propio
con soberano decreto
me habeis á Enriqueta dado:
á vuestra palabra apelo.

Eduar. Mi Rey os la cumplirá;
pero ha de saber primero...

Rey. Eduardo, ¿qué he de saber?
Habla, no quedes suspenso.

Eduar. Enriqueta es prima hermana
de Rusban.

Enriq. y Rusb. ¿Qué escucho, Cielos!

Rey. ¿Qué dices? *Ed.* Lo que es verdad,
gran Señor. Desde pequeño

pasé con su padre á Indias;
volvimos á Londres, siendo
yo toda su confianza,
y querido con extremo
de todos. Madama Aurelia,
hermana de mi amo Ernesto,
que fué el padre de Rusban,
conmigo casó en secreto,
y tuvimos (¡ay de mí!)
de nuestro infausto hymeneo
á Enriqueta. *Eur.* ¡Ah padre mio!
En vuestros brazos al Cielo
doy gracias, pues me descubre
hoy á los que el sér me dieron.

Eduar. Sí, hija mía, soy tu padre.

Tod. ¡Qué particular suceso!

Rey. Prosigue. *Eduar.* Murió mi esposa
de parto; y el nacimiento
de una hermana de Rusban
para su dicha abrió puerto;
pues esta murió, y aquella
puse en el jardin, á tiempo
que la encontró mi buen amo;
é hizo pasase en efecto
por hija suya. Aquí consta,

Le da unos papeles, que lee para sí.

Señor, bien claro lo cierto
de mi relato, porque es
la fé de mi casamiento,
y la de bautismo de
Enriqueta, descubiertos
en ella sus propios padres,
como tambien sus abuelos.

Rey. Cierto: es hija de Eduardo
Astruc, natural del Puerto
de Plimout. *Ric.* Cielos, ¡qué oygo!
¿Eduardo Astruc? (¡Qué contento!)
¿Y del Puerto de Plimout?
Con esto dudas no tengo.

Se abrazan estrechamente.

¡Hermano mio! *Eduar.* ¡Ricardo!
¡Qué eres tú! ¡Qué á verte vuelvo!

Ric. Ven acá, Genaro mio,
abrazá á Enriqueta, presto, (quanto
que es tu prima hermana. *Los 2.* Oh,
la sangre obró en nuestros pechos!

Isab. Por esa razon tambien
es mi prima hermana, y debo
abrazarla por lo mismo.

Rey. Tan admirado, y suspenso
he quedado, que no sé
lo que en tal caso hacer debo.

Rusb. Yo sí, Señor. A Enriqueta
por mi prima hermana tengo,
la reconozco por tal;
y fué con causa mi afecto,
pues creo me le inspiró
la sangre con sus efectos.
Ella propia ha confesado
que para esposa no puedo
lograrla, sin que su horror
no viva siempre en su pecho
ácia mí. Y el matrimonio,
fundado en estos cimientos,
es imposible dejar
de tener un fin funesto.

Quiero igualar su virtud,
para así dorar mi yerro.
Yo la daré un grande dote:
y case en el momento
con Genaro, pues que tiene
á su vida mas derecho:
que yo quitarsela quise,
y él se la dió: descubierta
que Carlos sea, tambien
sus virtudes tendrán premio
por mi mano: ved, Señor,
si á vuestro gusto procedo.

Rey. Y tanto, que hasta mi gracia,
Rusban, otra vez te vuelvo.
Enriqueta, dá la mano
á Genaro. *Enriq.* ¡Y con qué afecto!

Gen. Dichoso yo que la logro.

Ric. Todo alegría y contento
sea. *Rey.* Vamos á la Corte,
adonde celebrarémos
este caso prodigioso,
y tendrá la boda efecto
de Genaro, y de Enriqueta.

Isab. Jayme, ven, toca esos dedos;
pero mira no me toques
despues de casado. *Jay.* En eso
hay mucho que hacer. Despues,
Isabela, lo veremos.

Enriq. Y aquí, Público benigno,
si ha logrado complaceros...

Todos. El Carbonero de Londres
tenga un aplauso por premio.

FIN.

Ayuntamiento de Madrid